

El «fracaso» del comunismo: Una narrativa de la «caída»

Roland Boer

Publicado en Philosophers for Change

El comunismo ha «fracasado», o al menos eso es lo que se suele decir. Con mayor frecuencia, se escucha la opinión de que la Unión Soviética «fracasó», o que los países comunistas de Europa del Este también lo hicieron. Pero ¿qué significa «fracaso» en esta materia? Normalmente significa simplemente que esas sociedades llegaron a su fin, incluso que no fueron eternos. Si profundizamos, el «fracaso» se caracteriza por una serie de elementos: dictadura y totalitarismo en lugar de «democracia» y «libertad»; la triste realidad, que distaba mucho de ser un sueño perfecto; la fragmentación que surgió en lugar de la unión voluntaria de trabajadores de diversos orígenes étnicos y religiosos; capitalismo de Estado en vez de comunismo; y la simple traición al marxismo revolucionario. Mi respuesta ante esta persistente propaganda es que esas sociedades no fracasaron, y que los comunismos -en plural- como tales no han fracasado. Es cierto que tuvieron y siguen teniendo muchos problemas, pues no son perfectos en absoluto, pero eso no es un fracaso. Para abordar las diversas caricaturas del fracaso, viajemos a diversas partes del mundo, tanto «poscomunistas» como comunistas.

La «dictadura» rumana

«Poscomunista» es como los lugareños llaman a Rumania. Ni comunista ni capitalista en el sentido convencional, este país se encuentra en un período inédito y, por lo tanto, único. Una característica de este período es el ajuste de cuentas con Nicolae Ceaușescu, quien fuera el segundo líder comunista de Rumania, entre 1967 y 1989. Por un lado, a Ceaușescu se lo presenta como encarnación de todo lo negativo de la dictadura comunista: propagador de la «mini-revolución cultural» tras sus *Tesis de Julio* de 1968, fomentó un culto a la personalidad al estilo norcoreano, se otorgó numerosos honores, intentó construir el «socialismo en una sola familia» nombrando a sus parientes en altos cargos, y destruyó económicamente al país en la década de 1980 al intentar pagar las onerosas deudas contraídas con los países de Europa Occidental. En resumen, fue el más «estalinista» de todos los líderes del bloque oriental,

gobernando por decreto y a través de su temida policía secreta, la Securitate. El linchamiento de él y su esposa en 1989 se considera lamentable, pero necesario.

Sin embargo, en una encuesta de opinión ampliamente difundida que se realizó en julio de 2010 por el IRES (Instituto Rumano de Evaluación y Estrategia), el 41 % de los encuestados afirmó que habría votado por Ceaușescu si hubiera estado vivo y se hubiera postulado a la presidencia. Además, el 63% afirmó que su vida era mejor durante el comunismo, mientras que solo el 23% afirmó que era peor. Y el 68% afirmó que el comunismo era una buena idea, pero se había aplicado mal. La respuesta ingeniosa a tal resultado es que simplemente refleja una nostalgia reprimida por el comunismo. Pero los rumanos son más inteligentes que eso. Permítanme poner esto en perspectiva: los encuestados estaban recordando el peor período bajo el gobierno comunista en la década de 1980. Anteriormente, Ceaușescu había caído en la trampa de solicitar cuantiosos préstamos de Europa Occidental para expandir su economía.

Sin embargo, para 1982, la deuda se había convertido en una carga onerosa, por lo que decidió pagarla exportando gran parte de la producción agrícola e industrial rumana. Esto provocó escasez de alimentos, combustible, energía y medicamentos. Sin embargo, fue precisamente este período el que los encuestados calificaron como mejor que el actual. Desde 1989, la situación ha empeorado considerablemente. La devastación económica de la década de 1990, la desindustrialización de Rumania a medida que los países de Europa Occidental compraban las fábricas y las cerraban rápidamente, y la devastación que azotó el país tras la continua crisis económica de 2008, todo esto ha hecho que la década de 1980 parezca un período relativamente benigno. No puedo evitar pensar en el adagio de Lukács: «Un comunismo malo es mejor que un capitalismo bueno».

«Perfección» búlgara

Pregúntale a un búlgaro entrado en años de la actualidad qué es lo que más recuerda de 1989 y es muy probable que diga: «Era una experiencia gloriosa saber que, al hacer una llamada, no tenías la sensación de que alguien te estaba escuchando».

Pero pregúntale: «¿Está mejor ahora?».

Y la respuesta será: «Prefiero no responder a eso».

Pronto la respuesta parecerá obvia. Viaja por cualquier carretera y la encontrarás increíblemente llena de baches. Camina por cualquier calle y correrás el grave riesgo de ser golpeado en la cabeza por un ladrillo que se cae o una fachada que se derrumba. Pregúntale a cualquiera a qué se dedica y la respuesta será evasiva, ya que menos del 25% de la población tiene un empleo formal. O si preguntas por la familia de alguien, lo más probable es que los hijos se hayan mudado al extranjero en busca de una nueva vida y trabajo. De hecho, en pocos años después de 1989, dos millones de personas abandonaron Bulgaria, reduciendo su población de nueve a siete millones.

¿Qué hay del comunismo? ¿Fue perfecto? ¿Cumplió sus propias altas aspiraciones? Los denigradores, por supuesto, se afanan en señalar sus defectos, subrayando las brechas entre los grandes objetivos del Partido Comunista Búlgaro, que gobernó de 1944 a 1989, y sus deficiencias. Pero el comunismo no es perfecto en absoluto. Como señalaron Lenin y Mao repetidamente, ganar una revolución es la parte fácil; construir el socialismo es muchísimo más difícil.

Veamos entonces qué logró el gobierno comunista búlgaro, teniendo en cuenta las dificultades y una modesta idea de lo que realmente era alcanzable. El gobierno comunista tuvo tres líderes: el héroe revolucionario Georgi Dimitrov (1946-1949), quien falleció demasiado joven; Vulko Chervenkov (1949-1954); y el longevo Todor Zhivkov (1954-1989). Zhivkov pudo tener sus límites, como cualquier líder, pero su época se caracterizó por la estabilidad política y un aumento constante del nivel de vida. La razón: la planificación económica central comunista.

Ya a finales de la década de 1950, los salarios reales aumentaron un 75%, devolviendo a la población a los niveles de preguerra, mientras que los trabajadores de las colectividades agrícolas se beneficiaron del primer plan de bienestar y pensiones agrícolas en toda Europa. Para la década de 1960, los ingresos en el sector agrario aumentaron un 6,7 % anual y los ingresos industriales un 4,9 % anual. El consumo de alimentos saludables (frutas, verduras e incluso carnes) creció significativamente, mientras que los médicos y las instalaciones médicas se volvieron accesibles. Como resultado, menos niños murieron y la gente vivió más. Mientras que en 1939 morían 138,9 de cada 1.000 niños menores de un año, en 1990 la cifra era de 14 de cada 1.000. Y quienes sobrevivían podían esperar vivir por más tiempo: la esperanza de vida ascendía a más de 68 años para los hombres y a más de 74 años para las mujeres. De hecho, un número razonable podía esperar vivir un siglo: a finales de la década de 1980, se encontraron 52 personas mayores de cien años por cada millón.

Mientras tanto, Zhivkov ejercía su poder tiránico. La gente solía hacer bromas sobre su dialecto y sus modales proletarios. Pero ¿ordenó Zhivkov a la policía secreta arrestar y castigar a los responsables? No, se reunía con ellos para echarse unas risas de vez en cuando. Solía ser conocido como «bai Tosh» (el viejo tío Tosh) o «Tato», un término dialéctico para «papá».

«Desunión» yugoslava

Balkanización es quizás el término que mejor describe la imagen de Yugoslavia, o mejor dicho, de la «ex» Yugoslavia. Tito pudo haber mantenido unidos a los pueblos dispares de esa parte del mundo durante un período, gracias a su carisma y mano dura, pero era solo cuestión de tiempo antes de que todo se desmoronara. Los odios étnicos y la animosidad religiosa profundamente arraigados -entre el islam, la ortodoxia y el catolicismo romano- resurgirían tarde o temprano, y por supuesto lo hicieron con la Guerra de los Balcanes de la década de 1990. O al menos eso decía la narrativa oficial de los miembros de la UE y la OTAN, que deliberadamente buscaban desestabilizar y desmembrar otro país socialista. Los ataques de la OTAN a Yugoslavia aseguraron su éxito.

Sin embargo, la situación real era muy distinta. Yugoslavia es uno de los mejores ejemplos de lo que se ha denominado «acción afirmativa» en relación con las etnias, las culturas y las religiones. Dada la diversidad de pueblos y regiones de Yugoslavia, la constitución se diseñó explícitamente como una constitución de acción afirmativa. La República Federal Socialista de Yugoslavia comprendía seis repúblicas y dos provincias autónomas que formaban parte de la República Socialista de Serbia. Dada la gran diversidad étnica de Yugoslavia, la constitución y el marco legal buscaban garantizar que los grupos más pequeños no fueran discriminados por los más grandes. Las medidas incluían leyes antidiscriminatorias muy estrictas, que aplicaban severas sanciones a la difamación por motivos de etnia, idioma y religión. Además, en las provincias y regiones, se animaba a la población local a ocupar cargos gubernamentales, y se fomentaban las lenguas, las culturas, las formaciones sociales y la educación locales. A nivel federal, todas las repúblicas y regiones autónomas, independientemente de su tamaño, tenían una representación igualitaria en el gobierno federal. Esto implicaba atenuar el dominio de las regiones más grandes, para que no se impusieran sobre las demás. Huelga decir que este fue un trabajo en constante desarrollo, pero el modelo para este enfoque había sido el primer estado con acción afirmativa en la historia de la humanidad: la URSS. Puede que sorprenda a algunos, pero el principal teórico de lo que se denominó la «cuestión nacional» fue Stalin. Procedente de Georgia, una región del mundo con algunas de las intersecciones étnicas más complejas, Stalin desarrolló un enfoque cada vez más sofisticado acerca de la cuestión de la diversidad étnica. Este enfoque pudo haber sido principalmente teórico antes de la Revolución Rusa, pero se desarrolló significativamente en la experiencia práctica que la siguió. A través de la guerra civil y luego durante la inmensa tarea de construir un estado muy diferente (ya que el anterior se había derrumbado en gran medida y amenazaba con dejar un vacío donde no hubiera más que anarquía), Stalin construyó sus argumentos.

El principio era que cada área y grupo étnico debía tener derecho a la autodeterminación y la autonomía, especialmente a la luz de siglos de represión zarista por parte de la «gran mayoría rusa». Solo sobre esta base surgiría una nueva unión voluntaria. «Así, emergiendo *del* colapso de la antigua unidad imperialista, *a través* de repúblicas soviéticas independientes, los pueblos de Rusia están alcanzando una nueva unidad voluntaria y fraternal».¹ En la práctica, por supuesto, esto era más fácil de decir que de hacer. Tras la revolución, las antiguas élites gobernantes de las diversas regiones fronterizas reclamaron de inmediato el derecho a la secesión y la autonomía. Stalin fue lo suficientemente astuto como para descubrir la trampa y su política consistió en reconocer la autonomía únicamente cuando un sóviet obrero y campesino ejercía el gobierno en cada región. Además, dicha autonomía implicaba una delicada combinación de políticas centrales e iniciativas regionales. Así, el gobierno central buscó fomentar las lenguas, la cultura, la literatura, la educación, el gobierno e incluso la religión locales, hasta cierto punto. En algunos casos, especialmente en las regiones fronterizas sur y este, esto requirió un programa de educación y formación de líderes e instituciones locales, incluso hasta el punto de crear lenguas escritas en las culturas orales. Al mismo tiempo, las iniciativas locales alimentaron las políticas del gobierno central, que posteriormente las modificó a la luz de dichas aportaciones.

¹ J. V. Stalin, «La política del gobierno sobre la cuestión nacional», *Obras*, tomo 4 (Moscú: Editorial Progreso, 1953 [1919]), pág. 237.

Ya en 1918, Stalin logró un avance crucial. Debido a la magnitud y diversidad de lo que luego se convertiría en la URSS, Stalin comprendió que su postura sobre la cuestión nacional también se aplicaba a los movimientos anticoloniales de todo el mundo. Así, escribió que la Revolución de Octubre «amplió el alcance de la cuestión nacional, transformándola de la cuestión específica de combatir la opresión nacional en Europa en la cuestión general de emancipar del imperialismo a los pueblos, colonias y semicolonias oprimidos».² Si se apoya la emancipación de las minorías étnicas dentro de la URSS, lo mismo debería aplicarse a cualquier lugar colonizado del planeta. En los años siguientes, esta perspectiva se transformó en una política internacional de apoyo a las luchas anticoloniales en todo el mundo.

El resultado fue la Constitución de la URSS de 1924, la primera constitución de acción afirmativa del mundo. El párrafo crucial de la declaración dice:

La voluntad de los diferentes pueblos de las repúblicas soviéticas, que se ha expresado recientemente en el Congreso de sus Soviets y que se ha pronunciado de manera unánime por la formación de una unión de repúblicas soviéticas, es una garantía segura de que la Unión traduce la libre voluntad de los pueblos iguales en derechos, y que cada República tiene el derecho de salir libremente de la Unión, que todas las repúblicas socialistas soviéticas tienen el derecho de acceder a la Unión, que el nuevo Estado federal será la digna culminación de los principios de coexistencia pacífica y de colaboración fraternal entre los pueblos instaurados desde el mes de octubre de 1917, que servirá de sólido muro contra el capitalismo mundial y marcará un nuevo paso decisivo en el camino de la unificación de los trabajadores de todos los países en la República soviética socialista universal.³

Una característica importante de la constitución fue la definición detallada de la igualdad de funciones tanto para el Soviet Federal como para el Soviet de Nacionalidades. Las observaciones de Stalin sobre el tratado inicial y la constitución posterior indican una serie de factores económicos, políticos e internacionales, dejando claro que la iniciativa provino, en realidad, de las regiones fronterizas, especialmente de Azerbaiyán, Armenia y Georgia, a las que posteriormente se unieron Ucrania y Bielorrusia. Huelga decir que la constitución no resolvió todos los problemas de inmediato, pues siguió en proceso de elaboración. Determinar el estatus de cada república y región fue complejo y, en ocasiones, no reflejó la naturaleza real de la situación local. Por lo tanto, estos asuntos se debatieron y reformularon constantemente, lo que condujo a dos revisiones de la constitución, una vez en 1936 (por iniciativa de Stalin y con énfasis en el tema de la «hermandad de las naciones») y otra en 1977 (bajo el mandato de Brézhnev), manteniéndose la esencia inalterada en ambas ocasiones. Así, la Constitución de 1936 incluyó la cláusula: «Toda restricción directa o indirecta de los derechos de los ciudadanos o, por el contrario, el establecimiento de privilegios directos o indirectos para ellos por razón de su raza o nacionalidad, así como toda apología de la exclusión racial o nacional,

² J. V. Stalin, «La Revolución de Octubre y la Cuestión Nacional», *Obras*, tomo 4 (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras, 1953 [1917]), págs. 169-70.

³ «Apéndice 1: Declaración sobre la Formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas». En J. V. Stalin, *Obras*, tomo 5 (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras, 1953), pág. 404.

o del odio y el desprecio, será punible por la ley».⁴ El artículo 36 de la Constitución de 1977 contiene la declaración más completa de esta postura:

Los ciudadanos de la URSS de diferentes razas y nacionalidades tienen iguales derechos.

El ejercicio de estos derechos se garantiza mediante una política de desarrollo integral y la integración de todas las naciones y nacionalidades de la URSS, mediante la educación de los ciudadanos en el espíritu del patriotismo soviético y el internacionalismo socialista, y mediante la posibilidad de utilizar su lengua materna y las lenguas de otros pueblos de la URSS.

Toda limitación directa o indirecta de los derechos de los ciudadanos o el establecimiento de privilegios directos o indirectos por motivos de raza o nacionalidad, así como toda apología de la exclusividad, la hostilidad o el desprecio racial o nacional, son punibles por ley.⁵

Este modelo socialista de organización estatal sigue vigente hoy en China, donde las minorías étnicas -que suman más de 55- son abordadas en términos similares, al tiempo que se realizan esfuerzos para mantener bajo control la dominancia Han.

El «capitalismo» chino

«China es más capitalista que cualquier otro país», o eso se escucha con bastante frecuencia, incluso por parte de socialistas que quizá deberían saberlo mejor. Maoístas veteranos como Alain Badiou sostienen que China se desvió hacia ese camino bajo el gobierno de Deng Xiaoping, «que sigue la senda capitalista». Socialistas efímeros como Slavoj Žižek opinan que en China hay un capitalismo desenfrenado, a diferencia del capitalismo más moderado de las democracias burguesas europeas. A menudo se dice también que se trataría de un «capitalismo de Estado», incluso más que el de la Unión Soviética (el término «capitalismo de Estado» fue utilizado por primera vez por Karl Liebknecht para describir la economía alemana en la década de 1890).

Diversas corrientes son responsables de tal caracterización -críticas anarquistas, evaluaciones trotskistas, juicios radicales del *laissez faire* y maoístas de corta duración-, aunque todas ellas

⁴ Véase <http://www.departments.bucknell.edu/russian/const/36cons04.html#chap10>. También incluía el crucial artículo 124: «Para garantizar la libertad de conciencia de los ciudadanos, la Iglesia en la URSS está separada del Estado, y la escuela está separada de la Iglesia». Se reconoce la libertad de culto religioso y la libertad de propaganda antirreligiosa a todos los ciudadanos. Esto condujo finalmente al acercamiento entre la Iglesia Ortodoxa y el gobierno soviético, especialmente durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

⁵ <http://www.constitution.org/cons/ussr77.txt>

se basan en una visión idealizada, si no romántica, de lo que *debería* ser el comunismo. Esta visión es idealista, ya que considera el comunismo una idea racional aún por realizarse, y cree que el comunismo es singular en vez de plural. Huelga decir que tal comunismo siempre se encuentra relegado a un futuro utópico.

En consecuencia, debemos proponer un análisis que tenga en cuenta las realidades de la situación en China hoy, en lugar de basarse en proyecciones idealistas de cómo debería ser un comunismo aún por venir. Siguiendo la tradición de Marx y Engels, sugiero tres variantes de la dialéctica socialista: 1) el uso del capitalismo para construir el socialismo; 2) la necesidad de fomentar el pleno desarrollo del capitalismo bajo la guía socialista para que pueda surgir el comunismo; y 3) la necesidad de construir poderío económico y político en una situación global que sigue siendo hostil al socialismo chino.

La primera dialéctica puede extraerse de la justificación que dio de Lenin para la Nueva Política Económica (NEP): usar el capitalismo para construir el socialismo.⁶ Para Lenin y el gobierno soviético, esto significaba permitir ciertos niveles de intercambio comercial con el campo, otorgar concesiones a algunas empresas e industrias mineras internacionales, y emplear especialistas con salarios más altos para reconstruir una economía y, de hecho, un país que habían sido destruidos por una serie de guerras y revoluciones.

En China, y bajo el impulso de Deng Xiaoping, este proceso empezó a tener alcances mucho más extensos, pues Deng argumentaba que no existe una contradicción ineludible entre el socialismo y algunas formas económicas capitalistas, mientras estas últimas sean dirigidas por el primero. De hecho, Deng Xiaoping comprendió el imperativo de que el marxismo sea *práctico*, en el sentido de que utilice aquello que sirva para liberar las fuerzas productivas. De acuerdo con esto, el empleo de algunos métodos capitalistas debía llevarse a cabo como una forma de «acelerar el crecimiento de las fuerzas productivas».⁷ Deng siempre entendió esta perspectiva como parte del fortalecimiento del socialismo, no solo en términos de fuerza económica, sino también política y social. Yo añadiría que hoy en día este proceso continúa, casi hasta el punto de la paradoja (desde el punto de vista de un observador externo). Así, en las reuniones de 2014 del Buró Político del Partido Comunista Chino se acordó continuar el proceso de reforma económica, mientras que, al mismo tiempo, el presidente Xi Jinping buscó fortalecer el marxismo bloqueando cualquier tendencia hacia la democracia burguesa, y

⁶ Entre muchas referencias, véase V.I. Lenin, “Logros y dificultades del gobierno soviético”, en *Obras completas*, vol. 29, 55-88 (Moscú: Editorial Progreso, 1919 [1965]), pp. 68-74; V.I. Lenin, “De la destrucción del antiguo sistema social a la creación del nuevo”, en *Obras completas*, vol. 30, 515-18 (Moscú: Editorial Progreso, 1920 [1965]); V.I. Lenin, “El impuesto en especie (La importancia de la nueva política y sus condiciones)”, en *Obras Completas*, vol. 32, 329-365 (Moscú: Editorial Progreso, 1921 [1965]), pp. 334-53; V.I. Lenin, “Nuevos tiempos y viejos errores bajo una nueva apariencia”, en *Obras Completas*, vol. 33, 21-29 (Moscú: Editorial Progreso, 1921 [1966]).

⁷ Deng, “No existe ninguna contradicción fundamental entre el socialismo y la economía de mercado”, en *Obras Escogidas de Deng Xiaoping*, vol. 3, 99-101 (Pekín: Editorial en Lenguas Extranjeras, 1985 [1993]), pp. 100.

recurriendo en gran medida a Mao Zedong en lo referente a la campaña de la «línea de masas» para impulsar una mayor integración y sensibilidad entre el gobierno y el pueblo.⁸

La segunda variante de la dialéctica consiste en argumentar que el pleno desarrollo del capitalismo debe ser impulsado bajo la dirección de un gobierno comunista que ya haya alcanzado el poder mediante una revolución. China se encuentra en una situación singular, pues perdió la oportunidad de convertirse en una economía capitalista y, por lo tanto, desarrollar el modelo clásico de la revolución socialista en el contexto de un capitalismo «maduro». En cambio, la revolución socialista tuvo lugar antes del pleno desarrollo del capitalismo, razón por la cual, para desarrollar sus fuerzas productivas hasta un punto en que sean superiores a las del capitalismo, China ha considerado necesario fomentar el potencial económico de las fuerzas productivas capitalistas a fin de que puedan sentar las bases de las fuerzas productivas socialistas.

Es decir, China ha regresado a una economía capitalista, con el objetivo de desarrollar las fuerzas de producción requeridas por el socialismo. Este enfoque parte de una idea de Marx:

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua.⁹

El socialismo, en un sentido ortodoxo, no es socialismo a menos que se desarrolle a partir del capitalismo. Sin embargo, el enfoque chino le da a esta ortodoxia marxista un giro extraordinario y aparentemente paradójico, pues China ya es políticamente un país socialista. Por lo tanto, ha desarrollado un enfoque en el que las fuerzas de producción capitalistas se aprovechan para crear una situación para la plena realización del socialismo. Desde esta perspectiva, podemos interpretar la observación de Mao Zedong:

Así pues, esta revolución sirve en realidad para allanar un camino aún más amplio para el desarrollo del socialismo.¹⁰

Esta dialéctica implica que, en términos económicos, se está a favor del capitalismo en aras del desarrollo de las fuerzas productivas, pero que, en términos políticos, se está en contra del capitalismo en aras del desarrollo de las relaciones de producción.

⁸ Yi Yang, “El liderazgo de China se somete a un ‘gran examen’”, Xinhua News, 23 de marzo de 2014. http://news.xinhuanet.com/english/indepth/2014-03/23/c_133208015_5.htm

⁹ Marx, “Prefacio a una contribución a la crítica de la economía política”, en *Marx: Escritos políticos tardíos*, ed. Terrell Carver (Cambridge: Cambridge University Press, 1996), p. 160.

¹⁰ Mao, “Sobre la nueva democracia (15 de enero)”, en *El camino de Mao al poder: Escritos revolucionarios 1912-1949*, ed. Stuart R. Schram, vol. 7, 330-69 (Armonk: M. E. Sharpe, 1940 [2005]), pág. 335n.

La tercera dialéctica es la más directa: la prosecución de poderío económico, sea cual sea la forma que resulte absolutamente necesaria, ya que el socialismo necesita ser poderoso, tanto económica como militarmente, para poder prosperar. En China, este enfoque ha dado frutos evidentes. China se ha convertido en la segunda economía más grande del mundo y está alterando el statu quo global, incluso sin alcanzar aún su máximo potencial.¹¹ Los BRICS y la Zona de Cooperación de Shanghái ya están desafiando la hegemonía del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. La creciente obsesión con el poder económico chino en Estados Unidos y Europa Occidental no es más que un reflejo de sus propios tropiezos y su decadencia. En ciertos aspectos, China ya es más avanzada tecnológicamente que cualquier otro lugar del mundo. Y con el poder económico viene la fuerza militar, que sigue siendo necesaria en la Realpolitik de persistente hostilidad hacia el socialismo.

La «traición» de la Revolución Rusa

El intento más longevo de construir el socialismo fue la URSS, pero en este caso encontramos el uso de una o dos narrativas bíblicas -la de la «traición» o la de la «Caída»- para explicar su «fracaso». Para muchos, Stalin encarna esa traición. ¿No era, después de todo, un dictador paranoico y omnisciente, que gobernaba con una voluntad sanguinaria y caprichosa? Caricaturas aparte,¹² al optar por una narrativa de la «Caída», se está jugando un juego teológico. Por narrativa de la «Caída» me refiero a una narrativa estructurada en términos de una caída en desgracia, análoga a la historia contada en el libro del Génesis 2-3, donde Eva y luego Adán comen del fruto del árbol prohibido (del conocimiento del bien y del mal) y, por lo tanto, son desterrados por Dios del paraíso.

Dado que a Stalin se le considera como la quintaesencia de la traición al marxismo -especialmente tras los esfuerzos concertados del *Informe Secreto* de Jruschov escrito con motivaciones políticas, y la antojadiza obra de Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*¹³-, la atención se ha centrado en Lenin. ¿Traicionó él también al marxismo y a la revolución, propiciando así el remate de la traición por parte de Stalin? ¿Fue Lenin quien inició el proceso de hundir a la revolución en el fango del autoritarismo, la represión y la dictadura?

Muchos creen que Lenin, en algún punto, traicionó la revolución, dando así inicio a la narrativa de la "Caída". Los menos generosos sugieren que esto ocurrió incluso antes de la revolución, especialmente a través de las supuestas maquinaciones tortuosas de Lenin y su negativa a

¹¹ Por ejemplo, el «pivote hacia Asia» y el esfuerzo por «contener» a China por parte de Estados Unidos y sus aliados más pequeños ya están en ruinas, a medida que China desarrolla estrechos vínculos con Rusia, India, África y Sudamérica.

¹² Véase Domenico Losurdo, *Stalin: Historia y crítica de una leyenda negra* (Roma: Carocci editore, 2008).

¹³ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (Nueva York: Harcourt, Brace, Jovanovich, 1973 [1951]). En este caso, la izquierda ha sido profundamente cómplice de la agenda occidental de la Guerra Fría.

cooperar con otros grupos socialistas como los mencheviques y los eseristas, tanto de izquierda como de derecha.¹⁴ De hecho, para estos críticos, el comunismo, por su propia naturaleza, conduce a dicha traición. Para otros, el momento de la "Caída" es la propia Revolución de Octubre, o poco después. Las formulaciones varían, pero la idea central es la misma: el partido e incluso la clase obrera se desintegran; los bolcheviques hacen todo lo posible por distorsionar de las maneras más horrendas sus propios principios; el pensamiento de Lenin pierde coherencia; la burocracia se generaliza; se produce una transformación de un partido flexible, democrático y abierto a una de las organizaciones políticas más centralizadas y autoritarias de la historia moderna; la dictadura del proletariado se convierte en la dictadura del secretariado; la revolución pasa de ser una revolución desde abajo a una desde arriba; los soviets democráticos se desmoronan ante un partido centralizado y dictatorial.¹⁵

Desgraciadamente, estas narrativas de la «Caída» tienen una innegable dimensión teológica, en la que una caída en desgracia oscurece el complejo desorden de la historia. También ignoran la reiterada afirmación de Lenin de que la revolución en sí es fácil; mucho más difícil es la construcción del comunismo, cuando inevitablemente tase cometen muchos errores. Sin embargo, otros lamentan las oportunidades perdidas, sugiriendo que un gobierno socialista amplio e interpartidista, como el establecido en la Revolución de Febrero, era lo ideal.¹⁶ Otros consideran la posibilidad de que el breve período posterior a la revolución haya sido válido, pero que la guerra civil erosionó todos los logros, pues fue un período de control centralizado, medidas duras, la Cheka y el comunismo de guerra, todo lo cual habría constituido una traición a la revolución.¹⁷ Una solución para algunos es alinearse con Trotsky, argumentando que si hubiera vencido a Stalin, la situación habría sido muy diferente. Aparte del carácter obviamente falaz de esa postura, lo cierto es que sucumbe al sueño de una historia alternativa.

Todas esas versiones pertenecen al género de las narrativas de la «Caída» revolucionaria, relatos de la traición a la revolución comunista. En respuesta, me baso en la perspicacia de

¹⁴ Bruce Lincoln, *El paso a través del Armagedón: Los rusos en la guerra y la revolución 1914-1918* (Nueva York: Simon and Schuster, 1986); *Victoria roja: Una historia de la guerra civil rusa* (Nueva York: Simon and Schuster, 1989).

¹⁵ Theodore H. von Laue, *¿Por qué Lenin? ¿Por qué Stalin? Una reevaluación de la Revolución rusa, 1900-1930* (Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1964); Oskar Anweiler, *Los Soviets: los consejos de obreros, campesinos y soldados rusos, 1905-1921* (Nueva York: Pantheon, 1974 [1958]), 195-253; Marcel Liebman, *El leninismo bajo Lenin* (Londres: Merlin, 1975 [1973]), 213-356; Tony Cliff, *La revolución sitiada: Lenin 1917-1923* (Londres: Bookmarks, 1987); Samuel Farber, *Antes del estalinismo: ascenso y caída de la democracia soviética* (Londres: Verso, 1990); Moira Donald, *Marxismo y revolución: Karl Kautsky y los marxistas rusos, 1900-1924* (New Haven: Yale University Press, 1993), pp. 221-246; Sheila Fitzpatrick, *La revolución rusa* (Oxford: Oxford University Press, 1994), pp. 156-172; Daniel Bensaïd, "¡Saltos! ¡Saltos! ¡Saltos!", en *Lenin Reloaded: Hacia una política de la verdad*, ed. Sebastian Budgen, Stathis Kouvelakis y Slavoj Žižek, pp. 148-163 (Durham: Duke University Press, 2007), pp. 156; Neil Harding, *El pensamiento político de Lenin* (Chicago: Haymarket, 2009), vol. 2, pp. 283-328.

¹⁶ Alexander Rabinowitch, *Los bolcheviques en el poder: El primer año del régimen soviético en Petrogrado* (Bloomington: Indiana University Press, 2007).

¹⁷ Cliff, *La revolución sitiada: Lenin 1917-1923*.

Cockshott y Cottrell. Rechazando las superficiales recusaciones que muchos en la izquierda enarbolan para distanciarse de Stalin, mi argumento es que bajo su gobierno tuvo lugar la plena implementación de un sistema económico comunista. A través de los Planes Quinquenales, iniciados a finales de la década de 1920, el modo capitalista de extracción de plusvalía fue reemplazado por una economía planificada, en la que el excedente era controlado y asignado a través de un mecanismo de planificación.

Bajo la planificación soviética, la división entre las porciones necesarias y excedentes del producto social era resultado de decisiones políticas. En su mayor parte, los bienes y la mano de obra eran asignados físicamente a las empresas por las autoridades planificadoras, quienes siempre se aseguraban de que las empresas tuvieran suficiente dinero para «pagar» los bienes reales que se les asignaban. Si una empresa tenía «pérdidas» monetarias y, por lo tanto, debía complementar sus saldos monetarios con «subsidios», eso no importaba. Por otro lado, la posesión de dinero como tal no garantizaba la obtención de bienes reales. Del mismo modo, los recursos destinados a la producción de bienes de consumo se asignaban centralmente. Supongamos que los trabajadores consiguieran salarios más altos en rublos: esto, por sí solo, no lograría nada, ya que el flujo de producción de bienes de consumo no respondía al monto monetario del gasto de consumo. Unos salarios más altos simplemente significan precios más altos o escasez en los comercios. La tasa de producción de un excedente se estableció cuando los planificadores asignaron recursos a la inversión en la industria pesada y a la producción de bienes de consumo, respectivamente.¹⁸

Cockshott y Cottrell no rehúyen la conclusión de que este resultado fue en gran medida lo que Marx anticipó, con la salvedad de que se llevó a cabo bajo una forma de comunismo autoritario. Yo añadiría que dicha fase es necesaria para cualquier esfuerzo por construir el comunismo. En la URSS este esfuerzo estuvo caracterizado por un genuino fervor revolucionario, mientras que para aquellos menos inclinados a participar, se desplegó el trabajo forzado, el exilio y el «terror». Stalin simplemente encarnó la fuerza del «milagro» revolucionario que era necesario para adoptar un sistema económico tan radicalmente nuevo.

Conclusión

Como ha señalado Domenico Losurdo, la demonización del comunismo ha continuado sin tregua desde el siglo XIX, hasta el punto de convertirse en una leyenda negra generalizada.¹⁹ También argumenta que se ha convertido en una caricatura retorcida que poco tiene que ver con la historia real. Lo mismo puede decirse del tema del «fracaso» del comunismo, en términos de dictadura, perfección, disidencia, el giro hacia el capitalismo y las narrativas de traición o «Caída». Por último, si se le presiona lo suficiente, un crítico apelará al simple argumento de que el comunismo en muchos lugares ya llegó a su fin. La caída del Muro de

¹⁸ W. Paul Cockshott y Allin Cottrell, *Hacia un nuevo socialismo* (Nottingham: Spokesman, 1993), pp. 4-5.

¹⁹ Domenico Losurdo, *Stalin: Historia y crítica de una leyenda negra*.

Berlín es el símbolo, y el retroceso del comunismo en Europa del Este e incluso en partes de Asia (como Mongolia) es la realidad, o al menos eso se argumenta. La respuesta es igualmente simple: dejemos de lado los países socialistas que aún perduran en Asia, por no hablar de las versiones sudamericanas del socialismo, y preguntémonos: ¿por qué la longevidad, o incluso la eternidad, habría de ser un criterio de éxito? El hecho de que el comunismo efectivamente haya existido hace más de un siglo es prueba fehaciente de su éxito y su continuo atractivo. Puede que dure períodos cortos o largos, incluso puede que se establezca de forma más o menos permanente, pero el punto es que ha existido. Propongo un criterio de éxito más modesto. Si una revolución socialista logra derrotar a la contrarrevolución -en forma de oposición interna y hostilidad internacional-, entonces es exitosa. La razón es que, tras aplastar la contrarrevolución, surge la oportunidad para la construcción pacífica del socialismo en todas sus múltiples formas. Y si el experimento acaba antes de lo esperado, hay que aplicar el viejo refrán: vuelve a intentarlo una y otra vez.